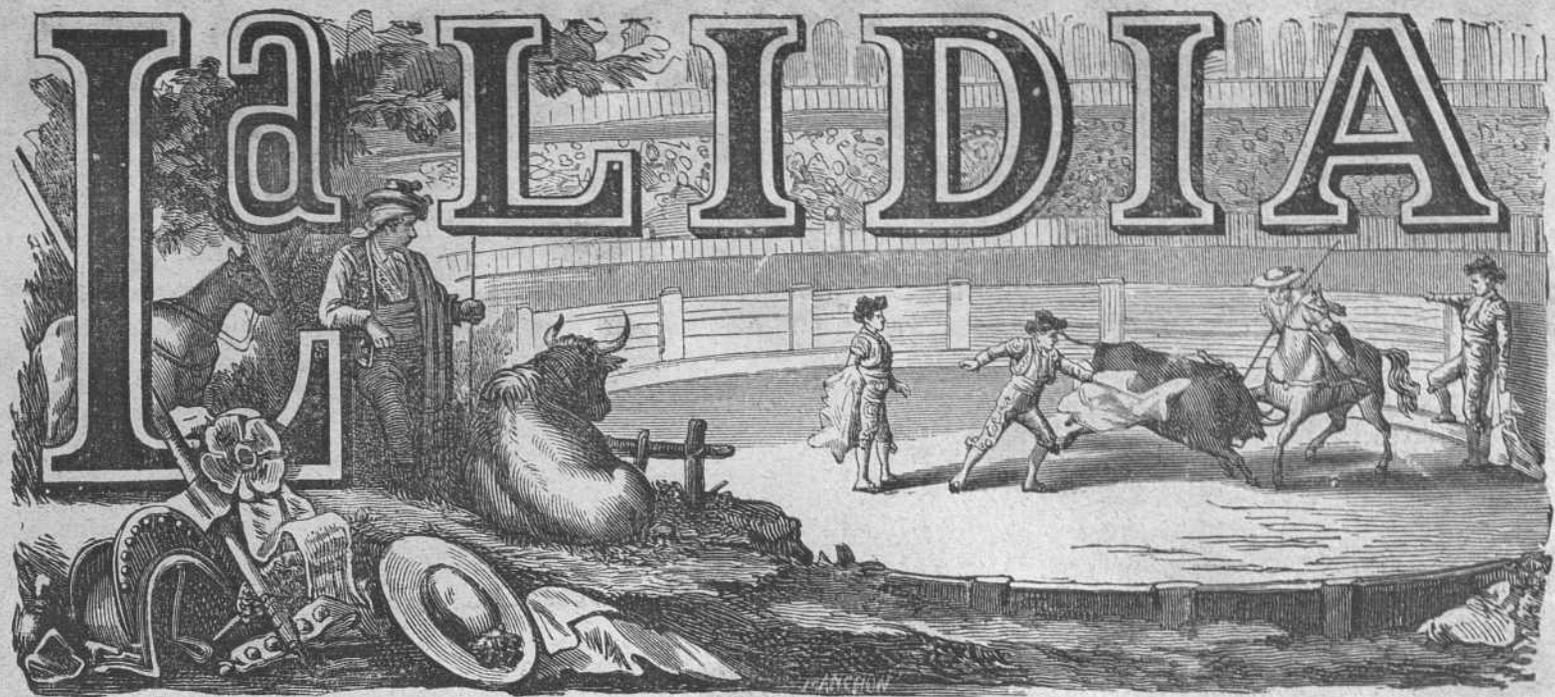


NÚMERO SUELTO, 15 CENTIMOS.



NÚMERO ATRASADO, 25 CENTIMOS

PRECIO DE SUSCRICIÓN.
 Madrid: trimestre..... Pesetas. 2,50
 No se admiten suscripciones para Provincias.

REVISTA TAURINA.

PRECIO PARA LA VENTA.
 Paquete de 25 números ordinarios, pe-
 setas..... 2,50

Toda la correspondencia se dirigirá al Administrador de LA LIDIA, calle del Arenal, núm. 27, Madrid.

SUMARIO.

Guerrita.—Nuestro dibujo.—Revista de Toros (18.ª Corrida de abono), por Don Jerónimo.

GUERRITA.

I.

Bueno anda el toreo moderno; bueno, bueno, pero bueno!

Hace algunos meses nos veíamos obligados a tomar la pluma para dedicar preferente atención a un nuevo matador de toros, que, de pronto, sin preparaciones sabidas ni anticipados reclamos, se presentó ante el público de Madrid como un asombro, como una maravilla: Luis Mazzantini.

Hoy no es un matador, sino un banderillero, joven, simpático y valiente el que trae a mal traer a los aficionados madrileños, un banderillero que, en términos del oficio, hace por sí sólo el cartel, y alcanza ovaciones, y se lleva los sufragios, y despunta ya como una solemne esperanza para el arte de estoquear de los actuales tiempos: Rafael Guerra, *Guerrita*.

Presentóse Mazzantini inexperto con el capote, inexperto con la muleta, ostentando todo el azoramiento de una falta de práctica y de una ignorancia que nadie pudo ni debió extrañar.

Pero hizo algo monstruoso, algo inverosímil, algo que, hoy por hoy, debe constituir un fenómeno, un milagro: se arrancó corto a matar!

Y aquí de los pasmos, aquí de las exclamaciones de asombro, aquí del estupor, de la admiración y del entusiasmo delirante del público.

—¡*Papam habemus!* exclamaron los aficionados en unísono, elevando de un golpe a Mazzantini al pontificado de la tauromaquia.

Y desde aquel instante, el arrojado matador de toros se posesionó de las Plazas de la nación, ganó un dínar, le sacaron en hombros del redondel y hasta le dedicaron polkas, vales y paso dobles!

Nosotros no quisimos ser menos, y dedicamos también al héroe del día un artículo que quizá no hayan olvidado nuestros lectores.

Así solventamos nuestra deuda y así pagamos al acontecimiento un modesto óbolo, examinando imparcialmente las aptitudes del nuevo matador y emitiendo sobre ellas nuestro leal juicio.

Esperábamos que pasaría algún tiempo antes de que nuevas emociones vinieran a conturbarnos el ánimo y nos obligaran a tomar la pluma nuevamente para oficiar de pontifical. Vana esperanza.

Hémos ya otra vez sobre la arena. Ayer se trataba de Mazzantini y hoy se trata de *Guerrita*. Vamos, pues, a cumplir con nuestro deber y vamos a hacerlo ahora con la misma imparcialidad, con el mismo desinterés que entonces.

II.

La revelación de *Guerrita* es anterior a la de Mazzantini. Las causas de su popularidad son, sin embargo, las mismas. Mazzantini se arrancó corto a matar. *Guerrita* se arrancó corto a poner banderillas.

La importancia del primero, superior a la del segundo, se explica fácilmente, teniendo en cuenta que la suprema suerte ofrece siempre mayores dificultades y tiene, por tanto, mayor mérito que la de parear.

Desde los tiempos del Regatero, del *Cuco* y de Muñiz, por no citar más que los modernos, la suerte de banderillas se había convertido, generalmente, en una lección de geometría taurina. Exceptuando a Pablo Herraiz, único representante de la buena escuela, cuya inteligencia le coloca hoy fuera completamente de sus compañeros, los demás necesitan, para clavar un par, raras veces en los rubios, una sucesión de líneas, una serie de capotazos, un marear al toro, y llevarlo y traerlo a todas partes hasta que quede a gusto del consumidor, que hace del segundo tercio de la lidia un episodio pesado y deslucido casi siempre.

Apareció *Guerrita* y se le vió ejecutar dos suertes: 1.ª Esperar parado al toro cuando éste arrancaba. 2.ª Arrancar corto al toro cuando esperaba éste.

En el primer caso resucitó el cambio, tan descuidado actualmente y tan garboso y lucido siempre, aun cuando su ejecución no sea perfecta.

En el segundo caso vióse a un banderillero adolescente, puede decirse, fresco, arrojado y sereno a la vez, adelantarse al toro, adornándose mucho, alegrando con los palos y enmendando los terrenos a medida que se acortaba la distancia y clavar en lo alto las banderillas, cuadrando en la frente, si la res dejaba llegar, y cuarteando ceñido, si embestía antes del embroque.

La rapidez de la suerte corría parejas con lo airoso y bello de la ejecución. El entusiasmo del público rayó en delirio. *Guerrita* fué en seguida popular y proporcionó al Gallo, su matador, una porción de corridas.

Todo esto sucedía en la temporada próxima pasada; de modo que *Guerrita* lleva toreando en Madrid, próximamente, dos temporadas, durante las cuales apenas si ha tenido tiempo de *abrirse*, como se dice en términos taurinos, pero que han bastado para que el público forme un juicio poco menos que definitivo y adjudique al joven banderillero un lugar único y preeminente en sus simpatías y sus aplausos. Rafael Guerra tiene hoy veintidós años de edad.

Hasta aquí hemos sido meros cronistas, hemos hecho historia. Vamos ahora a entrar en el terreno de la crítica.

III.

Por más que, como antes hemos indicado, sea sumamente difícil juzgar del porvenir de un torero

por sus primeros pasos en el camino del arte, mucho más tratándose de una profesión que vive hoy de dar esperanzas un día y quitarlas al siguiente, hemos tenido ocasión de observar en *Guerrita* una circunstancia importantísima.

Desde que torea en la Plaza de Madrid, *Guerrita* ha tenido días muy buenos y días muy malos; jamás días regulares. Es un banderillero que no conoce los términos medios; está superior ó está al nivel del último novillero. Quien no se haya fijado en tal detalle no ve toros ó no los quiere ver.

¿Qué se deduce de ello? Se deduce sencillamente que *Guerrita*, para lucirse, necesita que los toros tomen lo que él les trae buenamente, y que en cuanto los toros piden otra cosa no puede ó no sabe salir del paso sino entrando en la clase común de los malos banderilleros.

Ventaja es, y muy grande, que en el primer caso acometa y remate la suerte con gran habilidad y extraordinario lucimiento; pero de aquí a pasar, como *Guerrita* pasa, por un monstruo, ó poco menos, en el segundo tercio de la lidia, hay una inmensa diferencia.

Banderillero incompleto, puesto que para él no existe dominio de las reses, sino en ciertas y determinadas circunstancias, el público ha elevado a *Guerrita* a tal altura, que lejos de prestarle beneficio, ha perjudicado al simpático diestro y acabará, si Dios no lo remedia, por inutilizarlo, en mayor ó menor espacio de tiempo.

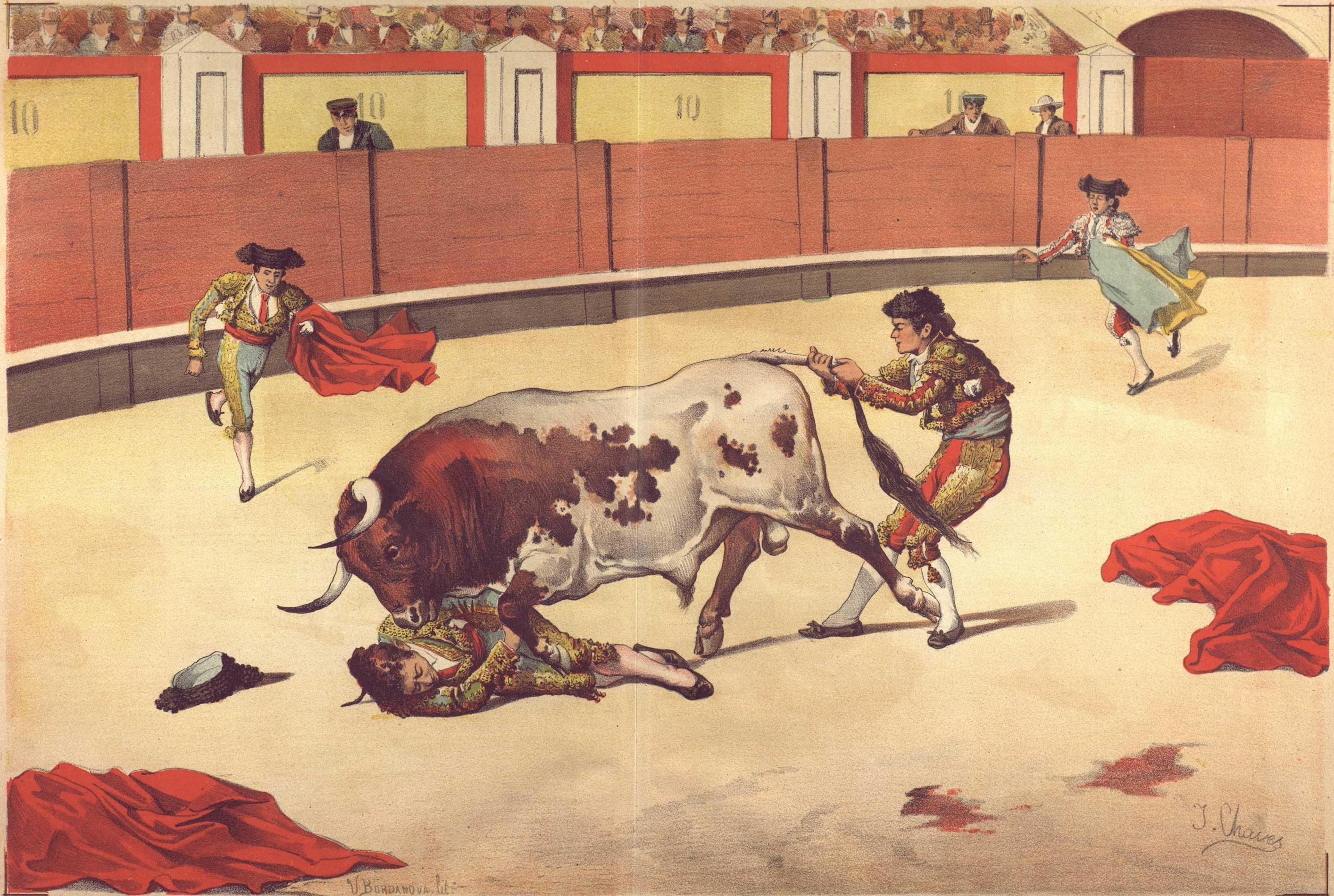
Niño mimado, consentido y mal criado (en la Plaza de Toros se entiende), *Guerrita* no se contenta con ser banderillero y perfeccionarse, como tal, en la lidia de toda clase de reses, sino que se cree ya autorizado a salirse de su esfera, y hombrarse al lado de los matadores, haciendo quites, recortando a diestro y siniestro, corriendo de mala manera a los toros, con tal de ganarse un aplauso, al igual de esos niños traviesos y detestablemente educados, que se creen autorizados a todo y acaban por aburrir y ser terror de las visitas de la casa.

En la corrida del domingo 5 del actual, sin ir más lejos, tuvo al público con el alma en un hilo por culpa de sus morisquetas importunas, y por culpa de meterse muchas veces donde nadie le llamaba.

‘Nos gustan mucho los toreros que se adornan, porque en el toreo, como en otras muchas cosas, la buena forma es el todo; pero nos gustan los adornos a su tiempo, y cuando el caso lo exige. No nos gustan los adornos ahora, luego, después y siempre, vengán ó no vengán a cuento, y cuando el que se *adorna* para emprender una suerte, la ejecuta, por ese mismo prurito, *desadornado*.

Rafael Guerra es muy joven y vale ya mucho, porque contiene mucho como banderillero, tiene buena vista, y entra y sale con frescura en sus suertes de cambiar y de arrancarse corto. ¿Pero puede hacerse esto con todos los toros? Seguramente no. Es indispensable, por tanto, que lejos de pretender que las reses se amolden a las condiciones salientes

LA LIDIA



V. BORDANOVA lit.

J. Chaves

REVISTA DE TOROS.

18.^a CORRIDA DE ABONO.—12 DE OCTUBRE 1884.

de *Guerrita*, sea *Guerrita* quien aprenda á plegarse á las facultades é inclinaciones de los toros.

Necesita además, para aprender á correr toros en viaje largo, mirar al capote de Juan Molina y flamear de derecha á izquierda y no de arriba abajo.

Necesita saber que á toros que se quedan y pueden alargar el hocico, como el de la cogida última, se les consiente midiendo el terreno con sangre fría y no con impremeditada temeridad.

Necesita saber que no á todos los toros se les puede arrancar á distancia corta, y que señalar el cambio desde largo es quedarse de vacío á sabiendas y dar un camelo al público con el recurso del adorno.

Necesita saber que Rafael y Salvador han roto muchas zapatillas antes de aspirar al título de *toreros* que, con ignorancia y despreocupación ridículas y contraproducentes, le adjudican algunos majaderos.

Necesita saber, en fin, que en el toreo, como en todas partes, no se gana Zamora en una hora, y quien va despacio, va bien y va lejos, y los niños precoces, cuando no templan sus ardores, van á aumentar muy fácilmente el número de los abortos.

IV.

Dígase en buena hora que somos duros con *Guerrita*. Lo somos porque *Guerrita* vale y vemos con dolor que el público se empeña en malograrlo, haciéndole creer que sirve para todo; es decir, haciéndole ver visiones.

Guerrita es un niño y su sangre bulle al calor de las ovaciones. Tenga en cuenta que el público hace despiadadamente polvo al que ayer levantó prematuramente. No hay nada más ingrato, ni desagradado, no hay nada más tornadizo y voluble, nada más insensato que el público, en general, y el de la Plaza de Toros de Madrid, en particular, salvo contada minoría de espectadores sensatos é inteligentes.

Guerrita está en incubación y sus gérmenes son magníficos. Desarrollelos con calma; estudie, vea, aprenda y aplómese, que el aplauso razonado de una persona imparcial, de un buen aficionado, vale más que los sufragios de diez mil energúmenos que le volverán mañana las espaldas, en cuanto, por culpa de ellos, flaquee un poco.

Nada más por hoy. Por lo demás, y al ver el afán con que los aficionados actuales elevan hasta las nubes á ciertos lidiadores que manifiestan algo, nada más que algo de lo que siempre fué en el toreo cosa corriente para llegar á llamarse diestro en el oficio, no podemos menos de repetir lo que dijimos al comenzar este desaliñado artículo:

—Bueno anda el toreo moderno; bueno, bueno, pero bueno!

NUESTRO DIBUJO.

Manuel Jiménez El Cano, matador de toros, valiente, pero cuyas condiciones no igualaban, según dicen los que le vieron trabajar, á las de otros célebres lidiadores, debió su muerte más bien á una imprudencia cometida después de la cogida que á la cogida misma. Esta se efectuó en la tarde del 12 de Julio de 1852 en la Plaza de Toros de esta capital, y en la lidia del cuarto toro.

Pertenecía el cornúpeto á la vacida del señor duque de Veragua, tenía por nombre Pavito y era berrendo en colorado, botinero, gacho, voluntario y blando. Puerto y Chola clararon cada uno cuatro puyazos, Pando colgó dos pares de banderillas cuarteando, y Paquillillo intentó en vano clarar el par que le correspondía.

El Cano, después de un trasteo inteligente, se armó para estoquear á Pavito, y arrancó á la muerte; pero habiéndose embraquetado con exceso, sufrió una gran cornada en un muslo, siendo arrojado al suelo y quedando el matador bajo los pies de la fiera. En este apurado lance, y para librarse de una recogida *Jiménez*, con gran serenidad y manifestando extraordinario valor, se asió fuertemente á las manos del toro, que le hubiera seguramente destrozado, si el Chielanero no se hubiera agarrado á la cola de Pavito, logrando por este medio separarlo de aquel lugar.

Con lucido á su casa El Cano, y hallándose la herida pocos días después en muy satisfactorio estado, un disgusto conyugal, según voz pública, hizo que el herido abandonase precipitadamente el lecho, abriéndose con tal motivo la herida y declarándose en ella una gran hemorragia, que dió fin con la existencia del enfermo.

(De la obra *«Suertes»*, capítulo titulado *El Cano*, de Peña y Goñi.)

La Magdalena no está hoy para tafetanes; ó lo que es lo mismo, el espacio no está hoy para introducciones.

Los toros, del Sr. Orozco García, antes de Adalid; los matadores, Rafael, *Currito* y el *Gallo*; hora de comenzar la fiesta, las tres.

Después de todo lo consabido, pisó la arena el primer bicho, que se llamaba *Negrero*, negro listón, bragado, de buena estampa y bien armado.

Empezó la lidia desafiando, recibiendo dos puyas muy bajas de Trigo y Bartolesi, que estaban de tanda. A fuerza de acosarle tomó dos varas más, también bajas, demostrando en todas ellas mucha blandura y más cobardía.

Manene, después de tres salidas en falso, por no consentir, dejó un par á la media vuelta, y el Torerito dejó otro igual, por no ser menos, terminando Manene con otro ídem. El toro quedado y desafiando, y los banderilleros demostrando que, si no ponen los palos á la media vuelta, se los hubieran llevado á su casa.

Rafael, de líla pasado por agua y oro, dió al toro un pase natural, dos con la derecha, tres de telón y dos preparados, y disparó desde lejos una estocada corta y alta. Siguió después con cuatro naturales y media estocada tendida y algo contraria, á paso de banderillas, que bastó para que el toro se echase y el puntillero le rematase á la primera.

Serrano se llamó el segundo, que fué berrendo en colorado, capirote, botinero, rebarbo, careto, de libras y bien armado.

Con tanta voluntad como blandura aguantó seis varas de Trigo y cinco de Bartolesi, al cabo de las cuales volvió la cara con mucha razón, por quitarse de delante á aquellos asesinos ecuestres.

Curriche, á quien el toro no dejaba llegar en las primeras embestidas, tuvo que salir en falso dos veces para clarar un par malo, al cuarteo, que enmendó su hermano Julián colocando otro par todavía peor. Curriche terminó tan hermosa faena con medio par arrojado.

Don Francisco, de café y oro, luchando con el aire, dió, bailando, dos pases naturales, uno cambiado y otro preparado de pecho, clavando de mala manera, desde lejos y estando el toro humillado, una estocada ida y trasera, de la que salió desarmado. Continuó la faena con dos pases naturales, tres con la derecha y cuatro medios y dió un pinchazo á volapié. Después volvió á pasar con un natural, seis con la derecha, uno de telón y tres medios, y dió otro pinchazo á volapié en las tablas. Luego hubo otro pinchazo del mismo jaez, tras un pase con la derecha y otro de telón. Y, finalmente, un descabello precedido de un pase con la derecha, otro de telón y cuatro medios pases. El toro, un borrico, que pedía y merecía mejor muerte.

Negro listón, ojalado, sin cunjar y cornicorto, salió en tercer lugar *Medianito*. El público pidió que fuese al corral, porque el animal parecía resentido de las patas. El Presidente se hizo el sordo, por lo cual aquel pobre becerro se convirtió, de orden de la autoridad, en toro de lidia.

Con mucha voluntad y poquísimo poder tomó la friolera de once varas de Trigo, que le entregó un caballo, dos de Bartolesi, y otras dos de Canales.

Cambiada la suerte, Morenito dejó un par al cuarteo, regular, y *Guerrita* uno bueno al cuarteo, que le valió aplausos. Morenito terminó con uno al sego, regular. El toro guapo.

El Gallo, de verde y oro, no necesitó, para salir del paso, más que dos naturales, diez con la derecha, ocho de telón, cuatro preparados y dos medios, para dar media estocada sesgada y caída, arrancando. El toro revoltoso y un poco incierto.

Comenzó á llover.

Apareció el cuarto, *Boticario*, negro bragado, cornalón y abierto, y menor de edad, para que no faltase nada. Salió abanto, y trajo con los picadores una faena incierta y sin lucimiento, mandando algunas varas con voluntad, aunque sin recargar, y otras tardeando. Cinco por barba le pusieron los de tanda, que cayeron dos veces cada uno.

El Torerito y Manene se encargaron del segundo tercio, dejando el primero un par caído, al cuarteo, y luego otro regular. Manene dejó solo un buen par al cuarteo, que fué aplaudido.

Rafael, sin miedo á la lluvia, pasó al toro con uno natural, otro inmenso de pecho, que el público no vió, tal fué la rapidez con que Rafael, forzado por el toro, cambió los terrenos; dos con la derecha y tres de telón, después de los cuales clavó una magnífica estocada arrancando, que dió con el bicho en tierra sin necesidad de puntilla.

Grandes aplausos, y lluvia torrencial de garrotazos y banquetas, por un individuo de la grada 7.^a, sobre los espectadores del balconcillo de arrastre. La autoridad presenció

la juerga, y media compañía de agentes de orden público pudo contener, á duras penas, los ímpetus bélicos del guerrillero espectador.

Cárdeno bragado, estrecho de cuerpo, recogido de cara y de cuerna, fué el quinto, *Valenciano* de nombre, bravo y de poder, pero muy tardo de condición. No tomó más que tres varas de Trigo, que fué á la enfermería con una descalabrada; y una de Canales, con caída. Trigo cayó también tres veces y perdió dos caballos.

Julián Sánchez, á toro completamente pasado, dejó un par en las costillas, y luego otro bajo, cuarteando, y Curriche se pasó en falso dos veces, para clarar medio par á la media vuelta, viniendo el toro rebocado en el capote de Rafael. ¡Bonita faena la de los Sánchezes!

El toro se tapaba algo y había que consentir mucho. Nada más que cinco pases naturales, nueve con la derecha, nueve de telón y catorce medios necesitó el señor Currito para largar una estocada corta, otra trasera y caída, otra en dirección de atravesar, media baja y atravesada, y un ignominioso sablazo al revuelo, todos ellos arrancando de lejos y escurriendo el bulto. Silba.

Cerró plaza un choto castaño albardado, bragado, cornicorto, corniapretado y bociblanco, que se llamaba *Ragalo*.

Tomó el pobrecito, con bravura superior á sus cortos años, nueve varas, mandó á la enfermería á Bartolesi y dejó en la arena dos caballos.

Guerrita, después de quebrar *posteriormente* y verse embrocado, clavó un par trasero y bajo, y Morenito uno muy bueno, consintiendo, como Dios manda; se cayó un palo, pero esto no quita nada al mérito de la suerte. *Guerrita* terminó con uno al cuarteo, regular, después de una salida falsa.

Hubo quien pidió que matase *Guerrita*, pero el Gallo no lo consintió, é hizo divinamente. Dirigióse al ternerillo y lo pasó, con mucho desahogo al principio, y con todo lo contrario al desahogo después, con tres naturales, uno en redondo, seis con la derecha, tres de telón, cinco preparados de pecho y cinco medios pases, y largó un pinchazo á paso de banderillas, pero de malas banderillas, que le hizo tomar el olivo de cabeza, después de lo cual enmendó la suerte con un ferocísimo galletazo, que no quiso ver sin duda el matador, pues que volvió la cara.

El remate de la fiesta fué digno de ella, por todos conceptos.

RESUMEN.

La falta de espacio nos obliga á ser muy breves.

El ganado, ya lo habrán observado nuestros lectores, fué digno de la Empresa que lo ha comprado, y de los aficionados que lo pagan sin protesta. No queremos decir más.

Rafael, en su primer toro, estuvo á la altura de un matador que tiene que salir por la noche para trabajar en Zaragoza, al día siguiente, á las ocho de la mañana.

En su segundo, á la altura de un matador que se olvida de dicha circunstancia, para acordarse solamente de que sabe matar toros como los matan los que tienen sangre torera en las venas y un nombre muy alto en la historia del toreo contemporáneo.

En el primer caso, fué un espada hábil, que quiere salir del paso cuanto antes, bien ó mal. En el segundo, fué *Lagaritijo*, pura y simplemente, es decir, la encarnación de una escuela que, al lado de la de *Frasuelo*, constituya, dígame lo que se quiera en contrario, lo único que dejará rastro inmortal en el arte de matar de los actuales días.

El pase forzado de pecho á su segundo toro fué colosal. El público, en general, no lo vió, porque el público, en general, está viciado al toreo de adorno y no se fija más que en las exterioridades. En los quites, guapo, y en la dirección, flojo.

Curro, admirable; y decimos admirable, porque como D. Francisco no piensa, al parecer, en otra cosa que en cobrar los cuartos, importándosele un ardite de acercarse á los toros y bregar con ellos con alguna conciencia, siguió ayer admirablemente los principios de su escuela característica, y cumplió mal, mal, muy mal.

Algo de esto nos veremos obligados á decir al *Gallo*, si continúa desconfiadísimo al arrancar y azorándose con el trapo, en cuanto los toros se extrañan ó se revuelven por conservar piernas. Y bien sabe Dios que sentiríamos hacerlo, porque somos de los que creen que Fernando tiene en la Plaza de Toros de Madrid un bonito lugar como tercer espada, y sus faenas últimas no son las más adecuadas para conservarlo.

Los banderilleros, malos en general; el Morenito puso un buen par y *Guerrita* otro. En cuanto á los adornos de este último, remitimos al lector á nuestro artículo de fondo.

Los picadores infernales, picando aquellas monas. El público, delicioso. Pasó la novillada parodiando al caballero de los banquetazos y demostrando que los Sres. Menéndez de la Vega y consortes son muy dignos ¡vaya si lo son! de ser Empresarios de la primera Plaza de Toros de España. Y perdonen ustedes la franqueza.

DON JERÓNIMO.